

*Vicente Quirarte:*

# El poeta que sabe dónde le duele

Ignacio Solares

*Poeta, dramaturgo, ensayista, narrador: Vicente Quirarte es un autor de múltiples rostros cuya obra, pese a su diversidad, está signada por la imaginación poética. Ignacio Solares comenta en este texto el más reciente libro de relatos del escritor: Un paraguas y una máquina de coser, donde Quirarte se sumerge en los laberintos de la “historia conjetural”.*

Para el poeta, la palabra y la experiencia son términos sinónimos. Porque hay una sustancia esencial del mundo que sólo la palabra del poeta sitúa, aparta, perfecciona, designa. Así pues, la poesía es, a su modo, un método de conocimiento, conocimiento por vía intuitiva, que sin duda posee mayor amplitud y calado que el ofrecido por la vía racional de la filosofía, la ciencia o la historia; y tal es la razón de que filosofía, ciencia e historia vayan redescubriendo e incorporando tardíamente verdades que ya desde muy pronto los lectores habían recibido, en revelaciones fulgurantes, a través de la imaginación poética. Tal es el caso de Vicente Quirarte, quien es ante todo poeta: todo cuanto toca su pluma —y hasta la galanura de su letra escrita es reveladora en este sentido— lo vuelve una forma de la poesía. En sus libros hay algunos de los mejores poemas de nuestras letras actuales, y entre los cuales no puedo dejar de mencionar el siguiente, que es de mis predilectos, y que se

refiere, nada más y nada menos, que a la muerte de su padre:

Pero valió la pena lo bailado:  
la caricia del mar,  
su azogue estremecido;  
falsa estrella que, trémula en la mano,  
te pagó por caricias de sirenas  
que en tus huesos tatuaron su perfume.  
Aunque armas y letras te prolonguen  
poco a poco te irás, como se borra  
el olor del amor bajo las aguas.  
Nadie se queda en el recuerdo.  
La mejor de las formas de guardarte  
es respirar a puños este aire  
encendido de luces y muchachas,  
vacaciones, jardines, desencuentros  
que nos dejan, con sed, en el preludio.



Vicente Quirarte

Además de esta admirable obra de poesía, decíamos, lo mismo da que se trate de una obra de teatro sobre los últimos días de Oscar Wilde, un estudio exhaustivo sobre la Ciudad de México, un ensayo sobre lo monstruoso considerado como una de las bellas artes, otro sobre vampiros o un libro sobre la relación entre historia y ficción, como el que ahora nos ocupa, *Un paraguas y una máquina de coser*, publicado en agosto del presente año, ahí está siempre el poeta.

Cada uno de los breves relatos que componen el libro nos comparte un recorrido de algunos hechos “tal y como ocurrieron, como pudieron haber sido y como le hubiera gustado al autor que fueran”. El goce de la lectura se vive entonces en la recreación (re-creación) de lo narrado.

Desde esas tres perspectivas se esparce la riqueza de sus temas, pero sobre todo la coincidencia mayor entre el historiador y el hombre de letras: auténtica vocación por reformular y repensar desde la privilegiada imaginación—inseparable del estilo literario en que es formulada— el mundo, nuestro mundo que nos ha sido dado, el que sólo podemos poseer a partir de que lo nombremos. Todo espera a que el poeta lo conozca y lo nombre. Alguien tenía que hacerlo. Ahí está todo: esa estrella esperando a que la llamen Sirio; el mar, para que digan que es purpúreo; algún sentimiento confuso para llamarlo enamoramiento. Como la tierra de hace doscientos años, nuestra alma tiene todavía sus áfricas sombrías, sus borneos sin mapas y sus cuencas del Amazonas.

En los catorce relatos que componen *Un paraguas y una máquina de coserse* deshojan la supuesta Verdad y sus vericuetos—esa Verdad, así con mayúsculas, de la que dijo Oscar Wilde que en realidad no era sino un problema de forma y de estilo—, vericuetos a cargo del

encanto que supone llenar los vacíos de ciertos pasajes históricos con, a veces, humorísticas suposiciones y viceversa: validar suposiciones mediante el rigor histórico.

De este modo, en el texto de inicio, “Asterix a Idefix, en algún lugar de la Galia”, la dolorosa ausencia del célebre guionista francés de la serie, René Goscinny, se deja sentir en las intenciones del propio Asterix para hacerle llegar a su amigo Obelix, a través de su inseparable mascota Idefix, la triste noticia, además del pesar que significa dejar a Albert Urdezo, el dibujante, toda la responsabilidad de las nuevas aventuras que les depare la vida.

En “Tres versiones de la noche”, algunos de los que con seguridad fueron actores y testigos de la Noche Triste de Hernán Cortés, nos “hablan” de cómo vivieron esa experiencia, a la postre decisiva en la historia de La Conquista y en la cual el escenario, la ciudad de Tenochtitlán, funge como protagonista ineludible: Blas Botello, un astrólogo judicario, aseveraba que caería porque así estaba designado por los astros; la llamada Mujer del cántaro reconocía su comprensión, el de la ciudad, porque era como ella misma; mientras que el Guerrero susurraba que el hogar invadido merecía reverencia por ser un combatiente más.

Especial atención le merece a Vicente Quirarte el siglo XIX mexicano—“su siglo”, diríamos sus lectores—, como en “Historia privada de Calpulalpan”, que exhibe el trágico recuerdo del amor de Martín Alzázar, teniente del ejército liberal que participó en la batalla de Calpulalpan, con la que finalizó la Guerra de Reforma. O el testimonio del telegrafista que recibió la noticia del triunfo de la Batalla de Puebla (“Las armas del supremo gobierno se han cubierto de gloria”). O una conmovedora carta nunca escrita—pero que pudo o debió haberlo sido— de Margarita Maza de Juárez al Benemérito. O el seguimiento de las huellas de Tomás Mejía y la dificultad de escribir una novela sobre este polémico personaje de nuestra historia—que bien haría Quirarte en emprender: no me cabe duda de que el resultado sería extraordinario y sólo él podría hacerlo, además de que en su rica producción lo único que nos sigue debiendo es una novela que, con su capacidad poética, podría ser de lo más rica.

En este ensayo, Quirarte hace una interesante reflexión sobre las vicisitudes de la novela histórica. “El historiador trabaja con hechos de la realidad que obtiene de documentos, escritos personales, historiografía precedente y tradición oral. En esas mismas fuentes abreva el autor la obra de ficción. Ambos trabajan con hechos y los enlazan con la imaginación. ¿Cómo separar las tareas de uno y otro?”

Yo le diría a Vicente que la ventaja del novelista es que puede llenar con la imaginación los huecos que deja la historia, el trabajo—tan apreciable, por lo de-

# Tal es el caso de Vicente Quirarte, quien es ante todo poeta: todo cuanto toca su pluma lo vuelve una forma de la poesía.

más— del historiador. Pero éste es un tema tan rico que valdría la pena que nos lo contestara él mismo.

Bueno, o el episodio en que el general Santa Anna devuelve su pierna momificada. O la inauguración del Palacio de Cristal del Chopo, en el ocaso del porfirismo. O la noche en que murió López Velarde. Para reconstruir, para recrear, Vicente Quirarte investiga, en efecto, como decíamos, pero sobre todo imagina, para llenar esos vacíos que la realidad (la realidad-real) se empeña en mantener ocultos, y que la literatura puede revelarnos.

Por eso, él prefiere hablar, más que de historia y literatura, de “historia en la literatura, literatura en la historia. Todo cuanto hacemos —nos dice— tiene relación con la historia, porque ella es la que determina la relación de los hechos, quien los suma, los profetiza y los resucita”. Vaya tema.

El azar y sus múltiples manifestaciones están también presentes en “Milonga para el arma blanca”, la fabulosa historia de un cuchillo que perteneció a Jorge Luis Borges y que por artes del destino llega a manos del propio Vicente y, luego, tan misteriosamente como arriba, desaparece de su departamento.

Pero es necesario destacar el texto que da título al volumen, que está tomado del famoso fragmento de los *Cantos de Maldoror*, de Isidore Ducasse, Conde de Lautréamont: “...como el hallazgo fortuito de una máquina de coser y de un paraguas sobre una mesa de disección”. Poeta, e imagen, que tanto conmocionó a los surrealistas. Pues bien, el encuentro fortuito al que se refiere el texto es, nada menos, que al de Karl Marx y Arthur Rimbaud en Londres en abril de 1874. A partir de ese hecho, aparentemente nimio, y que sólo fue registrado en el diario de Jenny, la hija del autor de *El capital*, nos enteramos de que Marx y el poeta de las *Iluminaciones* pudieron haber coincidido en algún cubículo de la sala de lectura del Museo Británico, a la que ambos solían acudir. Rimbaud olvidó una hoja de un poema en el cubículo y Marx lo recogió, con la intención de dárselo al día siguiente... ¿Habría sucedido esto? Qué fascinante suponerlo. ¿Qué se dijeron, si es que se dijeron algo? Uno decía que había que cambiar al hombre. El otro decía que había que cambiar la vida. Los dos —en sus tan distintos terrenos de trabajo— eran poetas que podrían haber dicho “el hombre es otro”, tiene que ser “otro”.

Se comprende que el surrealismo —empresa por sobre todo de sinceridad— haya reivindicado en Rimbaud

un comportamiento vital de la más alta importancia, con todo lo que implica de dolor, de contradicción y de intento de unidad. Para el hombre con estas características, su poética —insistirá el surrealismo— es siempre poesía en acción, incluso aunque se dé extraverbalmente. O en especial cuando se da extraverbalmente.

—¡Pobrecito!— dicen los mayores cuando ven en la cuna a un niño que se queja de un dolor sin poder precisararlo—. No sabe dónde le duele.

Quizá podamos definir al poeta como el hombre que sabe —y nos dice— dónde le duele. Como señalé desde el poema que, al principio, cité de Quirarte. Pero, además, al decirnos dónde le duele nos ayuda a entender, a señalar y a nombrar dónde nos duele a nosotros mismos.

Ahora, en este nuevo libro, que reúne sus textos de “historia conjetural”, Quirarte nos confirma que “la historia es la madre de la imaginación”. En su caso, podríamos decir: de la imaginación poética. Inagotable y cíclica, renovada y polémica, la historia resucita con las alas de la imaginación, para que volvamos a contarla, para que, como él mismo dice, “podamos pisar tierra firme”. **U**

